

## CAPÍTULO XIII

---

Amor a la pureza. Horror sumo que tenía al vicio opuesto y, en general, a todo pecado

Una persona tan humilde y mortificada no podía por menos de ser muy casta; pues la pureza es fruto y premio de la humildad y de la mortificación.

Desde su más tierna edad, el Padre Champagnat manifestó grande aprecio por la modestia, y aversión a toda palabra o acción opuesta a dicha virtud. Una persona que lo conoció cuando era niño, atestigua: “Aunque le gustaba mucho jugar con los chicos de su edad, se ponía serio y mostraba su disconformidad e, incluso se retiraba, cuando alguno de sus compañeros de juego se permitía ante él la menor cosa contraria a la modestia.”<sup>1</sup>

Su amor a la santa virtud aumentó notablemente durante los estudios, debido a la formación que sobre este punto le dieron en los seminarios menores. Comprendió entonces que la pureza es don de Dios que no podemos alcanzar por nosotros mismos y la pidió con mucha insistencia a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

Era una de las principales intenciones en sus plegarias, comuniones y en las visitas frecuentes que hacía al Santísimo Sacramento.

Pero, convencido como estaba de que su oración iba a ser escuchada en la medida en que emplease los medios prescritos por la religión para guardar perfecta castidad, ejerció continua vigilancia sobre sus sentimientos, pensamientos y acciones para evitar toda tentación y librarse de las insinuaciones del enemigo.

Y dado que la ociosidad<sup>2</sup>, la intemperancia y el orgullo son causas del vicio impuro, les declaró guerra sin cuartel, y puso empeño especial en adquirir las virtudes contrarias. Por el ejercicio asiduo de dichas virtudes, por la oración, el amor a Nuestro Señor y la devoción tierna a la Santísima Virgen, por la vigilancia y la huida de las ocasiones, alcanzó tal grado de pureza que, aun viviendo en cuerpo mortal, se asemejó a los ángeles.

Toda virtud es comunicativa por sí misma. El padre Champagnat tenía un don particular para inspirar el amor a la pureza, para consolar, aliviar y alentar a los que sufrían tentaciones violentas contra tan hermosa virtud. Bastaba a menudo con abrirle el corazón para sentir que se esfumaban esas penosas y humillantes tentaciones o desaparecían totalmente. Incluso hubo quienes afirmaron que les bastaba tomar la decisión de acudir a él para que al punto se viesan libres de ellas.

Persuadido de que el medio más seguro de conservar sin mancha la castidad es la huida de las ocasiones, el piadoso Fundador trazó reglas muy prudentes para preservar a sus Hermanos de los lazos del enemigo y evitar cuanto pudiera poner en peligro su virtud.

Quiere, por ejemplo, que vivan separados del mundo; que nunca salgan de casa sin verdadera necesidad; que vayan siempre acompañados en las visitas; que sean breves en la conversación con todos, especialmente con las mujeres<sup>3</sup>, las cuales han de ser atendidas únicamente en el locutorio. Desea, además, que el locutorio<sup>4</sup> permanezca abierto mientras dure la visita.

En sus relaciones con los alumnos, los Hermanos deben ser muy circunspectos y evitar toda familiaridad<sup>5</sup>, manifestación de afecto excesivamente sensible y cuanto pueda chocar con la más estricta modestia o ser causa de tentación. Por eso dispone que se abstengan de tomar a los niños de la mano, acariciarles el rostro, besarlos o darles cualquier muestra de cariño, en sí tal vez indiferente, pero que la malicia del demonio pudiera aprovechar para dar entrada a la tentación.

Daba tanta importancia al cumplimiento de estas normas, consideradas, con razón, como la salvaguarda de la castidad, que anualmente las recordaba en el retiro e instaba a los Hermanos a que fueran fieles a ellas. Es más, obligaba a los que conocieran alguna infracción que le informasen inmediatamente.

El Vicario general, señor Cattet, en una visita que hizo al Hermitage, recomendó a los Hermanos que evitasen los castigos aflictivos y que corrigieran a los niños procurando no desanimarlos. Añadió luego que, en determinadas circunstancias, cuando el castigo hubiera hecho llorar a un niño, se le podía dar un beso para consolarlo y ganar su confianza. El Padre Champagnat se le acercó y le indicó que esa prueba de cariño estaba expresamente prohibida en la Regla, y le rogó que rectificase, lo que hizo al punto el señor Vicario general, añadiendo que esa norma era muy prudente.

\* \* \*

Aunque el Padre Champagnat era sumamente bondadoso y corregía las faltas de los Hermanos con gran indulgencia, cuando se trataba de las normas que acabamos de exponer, se mostraba riguroso.

Después de haber amonestado varias veces a un Hermano director, que salía solo y recibía frecuentemente mujeres en casa, lo mandó llamar y le dijo: “¿Cómo, a pesar de mis advertencias y sus remordimientos de conciencia, sigue usted quebrantando la Regla en puntos de tanta importancia? ¿Ignora que quien se expone al peligro perecerá en él?<sup>6</sup> ¿No le he dicho que nadie se burla impunemente de Dios<sup>7</sup>, que él abandona a quienes, con gran escándalo de los Hermanos, introducen tales abusos en las comunidades? Le prevengo que, si no cambia de conducta, atraerá sobre sí los castigos de la justicia divina y no morirá en el Instituto.”

Esta severa y profética amonestación no tardó en cumplirse. El Hermano no se aprovechó debidamente de ella, cayó en una falta grave y abandonó la vocación.

A cierto Hermano, que no se mostraba bastante reservado con los niños, le dijo el buen Padre: “Querido amigo, es más peligroso para el alma permitirse esas libertades, que para el cuerpo jugar con serpientes. Sólo la observancia de la Regla referente a ese punto y la vigilancia sobre sí mismo pueden darle seguridad; nunca faltará a esas reglas sin exponerse a caer más o menos gravemente. Ahora bien, quien ama realmente la pureza, procura huir hasta de la sombra de peligro.”

A otro Hermano, que le pedía permiso para que una señora piadosa, bienhechora de la escuela, pudiera entrar en casa para examinar el mobiliario y encargarse de su reparación y conservación, le respondió: “Creo que el cumplimiento de la Regla que prohíbe el acceso de las mujeres a nuestras casas, es mucho más importante que todo el bien que esa piadosa dama pueda hacer. El Instituto se perderá cuando los intereses temporales se antepongan a la Regla. Además, las personas que quieran favorecernos, se verán tanto más impulsadas a hacerlo cuanto más fieles seamos a Dios y al deber, según aquellas palabras de Nuestro Señor: *Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.*<sup>8</sup>

Daba una conferencia a los Hermanos sobre este mismo tema. Uno de ellos se levantó y le dijo:

- Perdone, Padre, pero creo que hay situaciones en que no puede impedirse el acceso a la casa a determinadas personas.

- Pues yo no veo en qué situaciones, repuso el Padre, y después de casi veinte años, en esta casa, donde, por cierto, recibimos tantas visitas, aún no se nos ha presentado ninguna.

- Así que, ¿no admite que nadie se desvíe de esa norma?

- No, nunca; a no ser que esa persona venga acompañada por el señor cura párroco o el señor alcalde.

- Pero si fuera una señora de alta alcurnia, ¿cómo le impediría entrar en casa?

- Si se trata de la reina, recíbanla, dijo el Padre con cierta sorna.

Y luego añadió con voz tranquila y firme: Queda prohibida la entrada a las mujeres<sup>9</sup> en nuestras casas; y aquellos que bajo falsos pretextos faltan a esta norma e introducen abusos incurren en gran responsabilidad.”

El amor que el Padre Champagnat profesaba a la pureza y el odio que le inspiraba el vicio opuesto, le hicieron adoptar numerosas precauciones para conservar en los Hermanos esta hermosa virtud. Pero consciente de que la vigilancia más atenta y las normas más prudentes son insuficientes si no van acompañadas de la oración, pedía continuamente a Nuestro Señor, por intercesión de María, que concediera a todos los Hermanos perfecta pureza de alma y cuerpo. Quería, y así lo estableció, que todos los días se elevaran al cielo plegarias especiales en todo el Instituto para alcanzar la virtud de la castidad. A menudo aplicaba la misa votiva de la Santísima Virgen por esta intención. “María -repetía con frecuencia- fue admirable por su pureza. Nosotros, que somos sus hijos y tenemos el honor de llevar su nombre, hemos de amar especialmente esta hermosa y sublime virtud, combatir sin tregua en nosotros mismos y en los niños cuanto pueda mancillarla o hacérsela perder y esforzarnos por sobresalir en su práctica.”

\* \* \*

El piadoso Fundador tenía tal horror al vicio impuro, que con sólo oír hablar de él se estremecía de espanto. Una caída ostensible contra la pureza le arrancaba lágrimas; se mostraba terrible e inexorable cuando había contagio, y los corruptores jamás hallaban compasión a sus ojos.

Estando todavía en Lavalla, como el número de novicios era escaso, para contribuir al sostenimiento de la comunidad, se recibían algunos niños internos. Un postulante que se ocupaba del internado, cayó en una falta. El Padre, que por entonces se hallaba ocupado en la construcción de la casa del Hermitage<sup>10</sup>, se enteró el mismo día de aquella falta y quedó desolado. Subió inmediatamente a Lavalla, y al enterarse de que la falta era conocida por varios niños y Hermanos, determinó cortar por lo sano y sofocar el mal de raíz aplicando un castigo terrible al culpable. Convocó en su cuarto a todos los Hermanos y novicios. Cuando se hubieron congregado, les indicó que se pusieran en círculo. Luego, sin advertencia previa, se revistió de sobrepelliz y estola y mandó llamar al culpable. Cuando llegó, le dirigió una mirada fulminante y le dijo: “¡Desdichado! ¡Ya que no has temido crucificar a Jesucristo en tu corazón y profanar sus miembros vivos, tampoco temerás pisotear su imagen!”

Y poniendo en el suelo un gran crucifijo ante el postulante, le gritó con voz fuerte: “¡Eres un monstruo! ¡Pisa la imagen de tu Dios! El crimen que cometerías pisando este sagrado símbolo de la redención, sería menor que el que cometiste ayer!”

El joven, asustado, llorando, se hincó de rodillas y pidió perdón y misericordia.

“¡Malvado! -repuso el Padre-. ¿Qué te había hecho ese niño para arrebatarte su inocencia? ¡Vete!, ¡no mereces compasión!”

Seguía el novicio solicitando perdón sin levantarse del suelo.

“¡Sal de aquí, monstruo, vete!, gritó el Padre; has profanado esta casa; ¿no vuelvas a poner los pies en ella!”

El culpable estaba tan asustado, tan avergonzado, que no sabía lo que hacía ni daba con la puerta, aunque la tenía abierta ante él. El Padre lo empujó hacia fuera y le dijo al mismo tiempo: “¡Vete, desdichado, y no aparezcas más ante mi vista!”<sup>11</sup>

En cuanto salió el joven, se arrodilló ante la imagen de Jesucristo que se hallaba aún en el suelo y exclamó: *¡Perdón, Jesús mío, por éste y todos los demás crímenes que os han clavado en la cruz! ¡Oh Jesús, por tus sagradas llagas, líbranos de tan enorme pecado, y no consientas que esta casa vuelva a ser profanada por el demonio impuro!*

Luego se levantó y, mirando a los Hermanos, les dijo: “Amigos, pidamos a Dios que nos libre de cometer jamás una falta semejante. Pidámosle también que arroje a Satanás de esta casa. Ha entrado en ella, pero lo expulsaremos con la ayuda de María. ¡Traigan agua bendita!”

Entonces, precedido de un Hermano que llevaba el acetre y acompañado del resto de la comunidad, recorrió todas las estancias, asperjando todos los rincones y repitiendo sin cesar con una voz lastimera y conmovida: *Asperges me hyssopo, et mundabor: lavabis me et super nivem dealbabor*<sup>12</sup>. Y concluyó la ceremonia rezando, de rodillas, una fervorosa oración, para pedir la pureza.

No es posible imaginar la impresión que produjo esta escena en el ánimo de los Hermanos. Quedaron tan conmovidos y asustados que todos temblaban y lloraban como si hubieran sido los culpables.

La escena tuvo lugar hacia las cuatro de la tarde. Durante el recreo de la cena, seguía siendo tan fuerte la impresión que nadie se atrevió a hablar y el recreo transcurrió en silencio angustioso.

Unos años después, otro postulante de veinticinco años cometió una falta similar.

El Padre se enteró a las diez de la noche, una hora después de que la comunidad se hubiera acostado. No quiso dejar al culpable en casa hasta el día siguiente. Lo obligó a levantarse y lo despidió en el acto. El joven le suplicaba de rodillas que le consintiera pasar la noche en un rincón de la casa o en la cuadra, porque era demasiado tarde para hallar posada.

– ¡No, no! –le contestó el Padre–. Mientras se encuentre usted aquí, seguiré temblando por miedo a que la maldición de Dios caiga sobre nosotros.

Y mientras decía estas palabras, le apremió a que saliese y cerró la puerta tras él. Poco después, un Hermano fue a decirle que el postulante se había dejado sus cosas.

“Vaya a recoger su vestuario y arrójelo al otro lado del río. Tenemos que estar totalmente separados de él par que el agua nos impida contagiarnos.”

Prescindiendo de ciertos matices de carácter, de diferencias de lugar y tiempo, en lo esencial todos los santos se parecen; porque el Espíritu de Dios, que los guía y anima, les inspira idéntico modo de pensar y de sentir. Hay una serie de gustos, ciertas inclinaciones, comunes a todos los santos, por las que podríamos reconocerlos.

Estos rasgos son: horror y temor del pecado; espíritu de piedad y amor a la oración; amor a Jesús; celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas obediencia; las pruebas y el amor a la cruz; la humildad.

No existe santo sin estas siete características. Y, ciñéndonos exclusivamente a la primera de ellas, no hay santo que no haya temido el pecado más que la muerte. Los hechos que acabamos de narrar y los que añadiremos a continuación –que leemos en sus vidas– son un reflejo de los ejemplos que nos han dejado los santos.

\* \* \*

San Ignacio de Loyola tenía tal horror al pecado que decía: “No me atrevería a pasar la noche y dormir en una casa donde supiera que hay un hombre en pecado mortal, por temor a que el tejado se desplomase y nos aplastara bajo sus escombros.”

“Salgo de este mundo –exclamaba en su lecho de muerte santa Magdalena de Pazzi– sin acabar de comprender un espantoso misterio: cómo puede cometerse tan fácilmente el pecado.”

San Juan Crisóstomo afirmaba que preferiría verse poseído del demonio, antes que cometer un pecado venial.

San Luis, rey de Francia, hubiera preferido tener todas las enfermedades del mundo, antes que cometer un solo pecado mortal.

Santa Dorotea exclamaba: “Prefiero la muerte o que despedacen todos mis miembros, a una herida en mi alma por el pecado más insignificante.”

Una palabra deshonestas, la menor sombra de pecado hacían desmayarse a san Estislao de Kostka. San Francisco de Asís, san Benito, san Bernardo y otros muchos santos se revolcaban en la nieve o en las zarzas ante el solo pensamiento de cometer un pecado.

Los acontecimientos más adversos, los accidentes y todo cuanto el mundo considera una desgracia, como las aflicciones, contradicciones y pérdida de bienes materiales, no conseguían alterar la paz del alma, ni la alegría y ecuanimidad del Padre Champagnat, como lo hemos visto más arriba. Sólo el pecado le afectaba sensiblemente; lo expresaba en la tristeza de su rostro. Como los santos, sólo temía el pecado. “Ver ofender a Dios y perderse las almas son para mí –decía– dos cosas insoportables que me parten el corazón.” En tales casos le resultaba imposible contener la emoción, ocultar su dolor y dejar de corregir a quien ofendía a Dios.

En uno de sus viajes se vio obligado, junto con otro sacerdote, a entrar en una posada para comer. Mientras estaban a la mesa, una banda de jóvenes desvergonzados se pusieron a su lado. Y, sin miramiento alguno hacia su condición sacerdotal, se permitieron las conversaciones más obscenas e impías. Al principio, el Padre manifestó su desaprobación y pena poniéndose triste y serio; pero al ver que aquellos jóvenes proseguían, se sintió arrebatado por el celo y no pudo contener su dolor: se levantó de improviso y fulminándolos con su mirada, dio un terrible puñetazo en la mesa y exclamó: “¡Desgraciados! ¡Si no sois capaces de respetaros a vosotros mismos, respetad al menos a los demás! Una de dos: o salís de aquí o calláis.” La pandilla, aterrorizada más por el tono y la expresión de su rostro que por el golpe que acababan de oír, bajó los ojos, se quedó muda y se retiró sin decir palabra.

El pecado, sus consecuencias desdichadas y sus castigos eran los temas más frecuentes en las instrucciones del Padre Champagnat. De este modo consiguió renovar la parroquia de Lavalla y conquistar para Dios a los primeros Hermanos.

Estaba profundamente convencido de la palabra del Espíritu Santo: *El temor del Señor es el principio de la sabiduría*<sup>13</sup>. Por eso, en sus instrucciones y en las entrevistas particulares con los Hermanos, no se cansaba de volver sobre lo mismo. No fue inútil su empeño, pues tuvo la dicha de inculcar tan profundamente este santo temor en sus corazones que fue la base de la alta perfección que alcanzaron. Se ha podido constatar que todos los Hermanos tenían una conciencia delicada: la sombra del pecado y el menor peligro de ofender a Dios ya les asustaban.

Uno de ellos decía: “Me horroriza tanto el pecado mortal, el temor de cometerlo, que su solo nombre me estremece, y siento ganas de huir como de un grave peligro.”

Propusieron al bueno del Hermano Antonio<sup>14</sup>, enfermo en Bourg-Argental, que viniera una señora mayor para que lo atendiese. “No se os ocurra –respondió–; prefiero morir antes que permitir que una mujer entre en casa para atenderme.” Ante la insistencia de los demás, agregó: “Perdéis el tiempo. Os aseguro que, si viene, por muy mal que me encuentre, me levantaré e iré a clase.”

El Padre Champagnat no se conformaba con infundir a los Hermanos aversión al pecado mortal; se esforzaba también por inculcarles horror al pecado venial y a las faltas más ligeras.

Viajando un día con el Hermano Luis, se puso a hablar de temas espirituales, como tenía por costumbre. La conversación recayó en la enormidad y malicia del pecado venial.

“Algunos apenas le dan importancia –decía–, y, sin embargo, después del pecado grave, es el mayor de todos los males. Sí, todas las calamidades que inundan la tierra: guerras, pestes, hambre, enfermedades, dolencias de todo tipo que aquejan a la humanidad, la muerte y el infierno mismo, con su fuego y suplicios eternos, son males menores que un pecado venial. Todos estos males lo son de la criatura, mientras que el más ligero pecado venial es mal de Dios. Todos estos males, excepto el infierno, pueden ser para nosotros, si queremos, medios de salvación y santificación y fuente de méritos y nos pueden proporcionar una gloria inmensa.

Mientras que el pecado es mal en sí mismo y sólo males puede acarrear. Por lo que hemos de concluir que, si con un solo pecado venial pudiéramos evitar todas las calamidades que acabamos de mencionar, no nos sería lícito cometerlo.”

– ¡Cómo, Padre! –replicó con viveza el Hermano Luis–, ¿de modo que no sería lícito cometer un solo pecado venial para librar a los hombres de los males que les abruman?

– No, amigo mío, no sería lícito, ni se debería consentir una mentira, cuando, por un imposible, con ella lograríamos eliminar de la tierra los males que la inundan<sup>15</sup>. Es más, no sería lícito cometer un solo pecado venial, aunque con él consiguiéramos convertir a todos los pecadores.

– Pues si es así, mejor sería que nos encerrásemos entre cuatro paredes, lejos de toda ocasión de pecado, en vez de vivir en medio de los peligros del mundo para educar a los niños.

– Se equivoca, Hermano; pues la educación de los niños, lejos de ponerle en peligro de ofender a Dios, le ofrece, por el contrario, los medios más adecuados para evitar el pecado y le brinda ocasión de combatirlo y destruirlo no sólo en su persona, sino también en las de los demás.

– Padre, ya que el pecado es un mal tan tremendo, me parece que lo mejor y más seguro es evitarlo uno mismo, y para ello tomar los medios más eficaces, adoptando un modo de vida que nos aisle totalmente del mundo, incluso de los niños; pues nuestra tarea en medio de ellos nos expone a una serie de faltas podríamos evitar ocupándonos exclusivamente de nosotros mismos.

– También en esto se equivoca, querido amigo; pues para evitar un fallo no hay que incurrir en otro mayor, que es lo que ocurriría al no ser fiel a su vocación, pensando sólo en sí mismo egoístamente, y faltar a la caridad que debe al prójimo. ¿Qué diría de una persona que, hallándose en una casa en llamas, se limitase a ponerse a salvo y dejase perecer en el incendio a sus hermanos y amigos, a los que podría haber salvado exponiendo ligeramente su vida? Ante un peligro no basta alejarse y huir si nuestros hermanos siguen amenazados. La caridad exige que los salvemos a ellos también. Además, el principal motivo que debe impulsarnos a huir y detestar el pecado, es que ofende a Dios

“Ahora bien, el pecado ofende a Dios en todos los hombres; de modo que si sólo lo odiamos en nosotros mismos y no en nuestros hermanos; si sólo tratamos de evitarlo nosotros mismos y no nos esforzamos en hacer que los demás lo eviten, además de demostrar que no amamos a Dios, sólo parcialmente odiamos y detestamos el pecado. Lo rehuimos por los males que nos acarrea en lugar de temerlo, combatirlo y evitarlo porque desagrade a Dios y es la causa de los padecimientos y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.”

Tales eran los sentimientos de nuestro piadoso Fundador acerca de pecado venial. ¡Ojalá los Hermanitos de María se impregnen de ellos y, a ejemplo de su Padre, teman y rehúyan el pecado más que todos los males del mundo!



---

<sup>1</sup> La palabra “modestia” está tomada en el sentido de pudor, reserva, decoro.

<sup>2</sup> Eclesiástico recomienda: “Haz trabajar al siervo para que no esté ocioso, porque la ociosidad trae muchos males” (Si 33, 28).

<sup>3</sup> Regla de 1837, cap. VIII, art. 4, pág. 55.

<sup>4</sup> Regla de 1837, cap. IX, arts. 9 y 10, pág. 61.

<sup>5</sup> Regla de 1837, cap. V, art. 23, pág. 44.

<sup>6</sup> Si 3, 27.

<sup>7</sup> Ga 6,7.

<sup>8</sup> Lc 12, 31.

<sup>9</sup> Regla de 1837, cap. IX, art. 9,

<sup>10</sup> El Hermano Silvestre, relatando este hecho en sus Memorias, página 93, dice: “...lo cito porque he conocido al interesado...”

<sup>11</sup> En el proceso de la heroicidad de las virtudes, Benedicto XV defiende al Padre Champagnat frente al Promotor de la Fe (“abogado del diablo”) que veía en este pasaje una falta de caridad.

<sup>12</sup> Sal 50, 9.

<sup>13</sup> Sal 110, 10; Pr 1, 7; 9, 10.

<sup>14</sup> LPC 2, págs. 45-46.

<sup>15</sup> Nunca, pues, está permitido decir una mentira para librar a nadie de un peligro (Santo Tomás de Aquino, 2-2, q. 110, a. 3, ad. 4).